



DIEZ DE DIEZ

Había oído determinadas cosas acerca de un peculiar grupo y quise comprobar qué había de cierto en todo aquello. Se trataba de diez personas que se reunían de vez en cuando para realizar algún tipo de reto. Después de intentarlo por diferentes vías conseguí dar con uno de ellos y me aceptaron para presenciar una de sus peculiares competiciones. Cada uno lleva su vida cotidiana, pero diez veces al año se reúnen para organizar una competición. En este caso, el reto que se habían propuesto era una carrera en bicicleta que llevarían a cabo en Teverga, un pequeño pueblo asturiano en el que se encuentra el inicio de “La Senda del Oso”, un descenso de gran belleza paisajística que atraviesa varios túneles.

La bajada en sí no presenta gran dificultad, sin embargo ellos decidieron añadirle al plantearlo como una frenética competición. El objetivo de esta competición no es otro que acabar el primero, ya que quien lo consigue tiene el privilegio de llevar a cabo el reto establecido, que en esta ocasión no era otro que permanecer durante diez días sin comer; tal como suena: únicamente podía hidratarse bebiendo agua, pero nada de ingerir alimento sólido alguno.

Para preparar el recorrido cada cual tuneó la bicicleta a su antojo. Antes de la salida revisaron en absoluto silencio las notas que habían tomado previamente para afrontar el recorrido de la forma más veloz posible. Una vez que llegó la hora de inicio de la prueba se fueron hacia la salida,

donde colocaron un temporizador con una cuenta atrás que emitió una señal acústica cuando llegó a cero. Salieron como verdaderos posesos para coger la primera curva lo más adelante posible. Les seguí hasta que me alcanzó la vista, después cogí el coche y me dirigí hacia el primer cruce de carreteras: allí pude ver que iban tremendamente rápidos. En una curva previa al túnel inclinaron las bicicletas casi hasta rozar con el suelo, metiéndose acto seguido en el túnel, donde los dos primeros entraron en paralelo. Les seguía un trío a una velocidad de locos, así como otro que iba a rueda de ellos y que tuvo que frenar drásticamente para no impactar con el muro, cosa que aprovechó el que venía detrás para rebasarlo, no así los tres últimos, quienes venían enciscados como si fueran uno. Todos desaparecieron en cuestión de segundos.

Al no quedarme más prueba en directo que revisar, me dirigí hacia la meta para ver quién había ganado. Lo había hecho un pelirrojo risueño, que era el que yo vi pasar en el primer trío perseguidor. Acabaron solo ocho; dos de ellos tuvieron sendos accidentes: a uno se le reventó

'SALIERON COMO VERDADEROS POSESOS PARA COGER LA PRIMERA CURVA'

textualmente la bicicleta dejándola destrozada, mientras que al otro lo que se le reventó fue la clavícula. Un taxi le llevó al hospital, apareciendo seis horas después con el brazo en cabestrillo. Cuando llegó a reunirse el resto, el ganador ya había iniciado su ayuno acompañado de sus compañeros de fechorías. Todos estaban muy felices contando sus peripecias, a las cuales se unió el accidentado. Me dejaron ver los vídeos que grabaron con las cámaras que llevaban ubicadas en sus cascos. Lo que vi fue escalofriante: me resultó milagroso que los daños se redujeran a una fractura limpia de clavícula y a una bicicleta destrozada, todos corrieron riesgos suficientes como para haber muerto en el descenso.

Volví diez días después: encontré al ganador pálido como la muerte, sin fuerzas apenas para caminar, pero henchido de felicidad recibiendo las alabanzas de todos por haber conseguido el reto.

HISTORIAS INCREÍBLES es una sección literaria: los textos publicados en ella son pura ficción, y por lo tanto cualquier posible parecido con la realidad es mera coincidencia.



Nunca digas nunca jamás en Villaverde

PARA MI PADRE, MI BOND PREFERIDO.



Estábamos en el pasaje de Aránzazu, Málaga, en el edificio Churruca, lugar emblemático y de pasillos gloriosos, cuando mi padre salió a buscarme a uno de ellos y con cierta celeridad. L. le había llamado, que estaba con Sean Connery — pronunciado por nosotros Sean Cornery— en Marbella, que si queríamos ir. ¿Cómo no hacerlo? L. trabajaba en lo que ella denominaba como “una especie de localizadora de averías”, lo que venía a ser encontrar localizaciones para películas en lugares no costosos, pero que pareciesen estar insertados en otro lugar. Recuerdo que calles cercanas a Legazpi se transformaron en un barrio concreto de Cracovia en el que se ubicaba la historia.

Ya en Marbella, fuimos a la plaza de los Naranjos, donde vimos a un señor calvo con bigote y a otro que era conocido y salía en las revistas de papel cuché: Jaime de Mora y Aragón. L. nos contó que acababan de comer churros con chocolate. En las presentaciones yo no encontraba a Connery — Cornery— hasta que L. me lo presentó. Era el calvo con bigote. Pero ése no era el Bond de *Desde Rusia con amor*. Eso le hizo gracia cuando L. se lo tradujo. Estábamos en 1981 y solo se hablaba del Mundial del 82, pero a mí solo me interesaba Bond. L. nos puso en situación y nos contó que iba a rodar una nueva de James Bond y que había unas escenas en una parte

de Niza con no mucha clase que no podían rodar allí, y habían pensado en trasladar las escenas a Villaverde. Era una persecución, Bond con una moto y una mala en un coche. Estaban viendo fotos de los lugares villaverdianos por los que supuestamente debía suceder la persecución. L. enseñaba fotos y ellos hablaban con el que imaginó sería del equipo de producción, que había salido del baño. Yo miraba a Connery y me fijaba en su tatuaje en el brazo — ponía mamá y papá con un ancla—, pero eso no aparecía en las películas. Él, intrigado, me preguntó qué miraba tanto. Le expliqué que el tatuaje, que si era nuevo. Su risa era potente y me dijo —no hay que olvidar que siempre traducido por L.— que si volvía a ver *Diamantes para la eternidad* me fijase en el comienzo y que, cuando está con Marie, sale. Eso hice tiempo después y allí estaba el tatuaje muy disimulado, pero estaba. El caso es que hablaban de un *remake* de *Operación Trueno*, mi película favorita, pero ahora se llamaría *Nunca digas nunca jamás*. Me contó que tendría un reloj con láser, a lo que pregunté si no tendría contador Geiger como en *Operación Trueno*. Volvió a reírse y dijo que no.

Nos invitó a ir con él al campo de golf para dar unas bolas. Mi padre, apasionado del golf, se ofreció a llevarle, y como L. traducía, pues parecía una conversación fluida. Nos

habló de que siempre daba buenas propinas al *caddie* porque eran muy buenos chicos y muy jóvenes. Cometí la osadía de preguntarle si ahora en la nueva película sería un 007 calvo. Se rio más y me contestó que él llevaba peluquín desde 007 *contra el Dr. No*. Eso me dejó impresionado.

Como es natural, dejé de contar la historia porque nadie me creía, pero tres meses después nos volvió a llamar L. para decirnos que Connery y el equipo de producción estaban en Madrid e iban a recorrer Villaverde. Allí fuimos. Esta vez sí era él, el que yo reconocía, pero con más años, sin bigote y peluquín inapreciable, aunque mi padre dijo “¡Qué viejo está, la virgen!”. Yo ahora casi tengo esa edad. Me saludó y le pregunté por el reloj láser. Me enseñó uno, pero no vi láser alguno. Le acompañaba un hombre altísimo con coleta, dijo que era el especialista que le estaba entrenando para las escenas de acción y peleas. Su nombre: Steven Seagal — por lo visto no terminaron bien porque Seagal le rompió la muñeca, “sin querer”—. Recorrimos las calles, y un señor, el director, tenía muchos dibujos: “Es la película en dibujos”, me explicó. Fuimos por calles, pero no lo veían claro. Martínez Seco era muy estrecho y las calles de San Cristóbal no les terminaban de enamorar en su contraste. Quisieron invitar a tomar algo y fuimos al Mesón la Gamba. Los parroquianos no sabían quiénes eran ninguno. “Cornery” no tomó un Martini, tampoco había champán y bebió agua. Yo le pedí que si podía guiñar el ojo al final de la película y acarició mis rizos.

Se estrenó y fui con mi padre cinco veces a verla. A día de hoy la sigo viendo, sonriendo y pensando que yo me conservo mejor que Connery a esa edad, aunque su Martini siga seco y siempre lo tome a las cinco. Por supuesto, *Nunca digas nunca jamás* termina con “Cornery” guiñando un ojo.

La vis cómica

